

Hamburger Bahnhof (Berlín)

Big Sur. Nuevo Arte Español

ELENA LLEDÓ

Poco antes de entrar en el recinto del *Hamburger Bahnhof* para asistir a la inauguración de la exposición *Big Sur*, escuché a alguien comentar que se alegraba del buen vino y de las ricas tapas con las que sin duda iban a deleitar los organizadores el paladar de los visitantes. "Y a lo mejor hasta bailan flamenco", comentó su acompañante. Acostumbrados como estamos los españoles que residimos en el extranjero, a los tópicos que la gente pone rápidamente en sus bocas al hablar de nuestro país, no le dí importancia a este comentario. He de admitir sin embargo, que sentía curiosidad por saber cuáles habían sido las coordenadas conceptuales elegidas por los organizadores, para presentar lo "español" en un contexto internacional. Durante las presentaciones oficiales de la exposición, constaté que el problema de los tópicos no sólo podía afectar a la "hispanidad" de los artistas, sino que, una vez más, un concepto como el de "nuevo arte" era de escabrosa definición y estaba supeditado a criterios de política cultural.

En este sentido, tanto en los breves discursos durante la recepción, como en la información ofrecida a la prensa, se aclaró que los dieciséis artistas elegidos se habían dado a conocer sobre todo durante la década de los noventa (es decir que lo "nuevo" y lo relativamente "joven" se convertían prácticamente en sinónimos) y

que se habían elegido obras muy recientes para poder transmitir la atmósfera artística de la España actual. Habría que añadir en todo caso, que la mayoría de las obras presentadas son de la colección del MNCARS, aunque también las hay procedentes de las galerías Juana de Aizpuru, Helga de Alvear y Soledad Lorenzo, y que cada uno de estos cuatro centros tienen el suficiente poder como para decidir lo que es nuevo en España. Se ha insistido mucho también en el hecho de que los artistas seleccionados utilizaban "nuevos soportes", extraña terminología con la que se puntualiza que el arte contemporáneo español, como arte europeo e internacional que es, también se caracteriza por su diversidad y su hibridación, es decir, por su carácter formalmente innovador. Seguimos sin dejar del todo el terreno de los tópicos, y no es fácil malabarismo conceptual ese que intenta rescatar lo genuino de un país de la macroestructura que imponen las modas del mercado artístico internacional, de la que toda institución y toda galería es más o menos dependiente.

Asociar el grado de radicalismo del arte con la incorporación de las nuevas tecnologías a sus recursos expresivos es otra de las estrategias de marketing cultural que se ha repetido hasta la saciedad. Hay que añadir sin embargo que es posible que la insistencia en la diversidad o modernidad de los "soportes" se deba a una acti-



Eulàlia Valldosera, "Les Demoiselles de Valence". 1999, instalación de vídeo y audio, 900 x 400 x 350 cm, Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

tud de política cultural que cree necesario romper con otro tipo de tópicos sobre España que tienden a considerarla todavía como una península que no se ha despojado del todo de su arcaísmo y de sus oscuras raíces conservadoras, que sigue sujeta a una fuerte tradición familiar y católica, y que en definitiva continúa reacia a posiciones creativas experimentales. Dado que en Berlín, a pesar de los esfuerzos de galerías como *Madrid-Berlin*, el arte español contemporáneo sigue siendo prácticamente desconocido, parece que hay que dejar bien claro que artistas como Antoni Abad, Ana Laura Aláez, Pilar Albarracín, J. M. Ballester, Daniel Canogar, Angel Mateo Charris, Victoria Civera, Carles Congost, Susy Gómez, Marina Nuñez, Jesús Palomino, Alberto Peral, Javier Pérez, Montserrat Soto, Darío Urzay y Eulàlia Valldosera, están ya con los dos pies en el siglo XXI.

Además, sus lenguajes artísticos, insiste Enrique Juncosa en el texto publicado en el catálogo, "persiguen significados abiertos y la complejidad, lejos de las beaterías didácticas". Tengo la impresión de que uno de los problemas

que tiene el arte actual, nacional e internacional, y que contribuye al hermetismo simbólico que muchos le reprochan, se debe no sólo a la posible complejidad o al exacerbado subjetivismo de las obras en sí, sino también a la vaguedad de los términos que se utilizan a la hora de referirse a ellas. Aunque la libertad de los artistas es muy grande, la de aquellos que se refieren a sus producciones no debiera serlo tanto, ya que se trata, al fin y al cabo, de argumentar para clarificar frente a los que quieren saber. Además, a mayor ambigüedad y apertura conceptual, más fácilmente moldeables son sus productos para hacerlos encajar bien en los requisitos del mercado, y esto no me parece muy compatible con criterios de radicalismo.

Menos mal que "los nuevos artistas españoles" son capaces también de hablar por sí mismos y de utilizar sus propios recursos expresivos precisamente para enfrentarse a algunos de estos problemas. Obras como *Prohibido el cante* (2000), o *Tortilla española* (1998), de Pilar Albarracín, son vídeos que no hacen ninguna concesión sentimental al cliché de nuestra gastronomía o nuestro flamenco, y no creo que, por muy entusiastas que sean algunos alemanes de esas dos maravillas de nuestra cultura, se les ocurra hacer tortillas con los trozos de un vestido flamenco, o esperen que en el próximo concierto con castañuelas, la cantante se arranque el corazón y lo deje chorreando sangre sobre la mesa. Y si intentaran probar la receta o acudieran con una bailata al próximo recital de flamenco, entonces el nuevo arte español alcanzaría un poder de su gestión realmente innovador. ■